



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 101 – 19 de febrero de 2016

En este número

1. **¡Qué desagradecido es el pueblo, Señor!**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **Dos modos de profanar las creencias en una sociedad post creyente**, *V. Gago*
3. **El busto de Mercedes**, *Salvador Moreno Peralta*
4. **El proyecto imperial de Montero Díaz**, *Fernando García de Cortázar*
5. **Puñetero Callejero**, *Enrique de Aguinaga*
6. **De ética y estética: aforismos sobre la elegancia**, *Manuel Parra Celaya*
7. **¿Qué es el leninismo 3.0 y cuál es la ideología de Podemos y de Pablo Iglesias?**, *zoomboomcrash /Carlos Salas*
8. **Populistas y mundialistas: París bien vale una casta**, *Pascual Tamburri*

¡Qué desagradecido es el pueblo, Señor!

Emilio Álvarez Frías

Hemos de estar profundamente tristes por los problemas con que se está encontrando el Concejal de seguridad Ciudadana de Madrid, Javier Barbero, al que ha corrido la propia policía bajo su mando, aunque de paisano, eso sí, o sea como cualquiera de los revoltosos de Podemos y otros colectivos tales como los okupas del Patio del Maravillas. No entiende el dialogante edil que la gente del pueblo –y los policías municipales son gente del pueblo– no comprenda su perspectiva poliédrica de acercarse a la realidad, ni las soluciones transversales que trata de encontrar para poner remedio a las reformas que él intenta hacer. No le entienden, y eso no es bueno para el colectivo pueblo madrileño que ha vivido bastante a gusto hasta que ellos se auparon a los puestos del consistorio capitalino.

Porque cuando él estaba en la operación de okupa del Patio Maravillas, o se oponía a la actuación de la policía en el caso de desahucios, o incluso brujuleaba por la Puerta del Sol cuando el 15-M, era justo el comportamiento de los escraches, no ahora que él es concejal y quiere, desde su punto de vista, o desde la óptica de los okupas del Ayuntamiento de Madrid, arreglar las cosas en beneficio de todos los madrileños. ¡Qué injusticia que ahora los escraches le corran a él porque no están de acuerdo con sus actuaciones! Y dada la forma

que tienen éstos de actuar, que debe ser general para todos los casos, y visto desde óptica opuesta, en vez de enfrentarse con el valor que antes lo hacía ante una policía con orden de comportarse con mano blanda y moderación, se tuvo que esconder en un bar hasta que



D. Javier Barbero tomando el coche que le salvaría de los escraches

acudieron a salvarle los guardaespaldas –que antes no necesitaba– con un potente coche, suponemos que blindado, como el caso merecía, o exigía.

¡Ah, los escraches, defensores de los derechos del pueblo, que injustos son! No tienen medida, no saben cómo comportarse según las ocasiones.

(Hagamos un inciso. La palabra «escrachar» ha tenido entrada en el nuevo Diccionario de la Real Academia Española y de las correspondientes Hispanoamericanas, como palabra coloquial en Argentina y Uruguay, y su significado es: Romper, destruir, aplastar; fotografiar a una persona).

La señora Carmena, en un programa de «El Gran Debate», de TV5, que fundadora de Jueces para la Democracia, actuando ya como alcaldesa de Madrid, dijo que «los escraches no solo son una protesta legítima, sino necesaria». Y más recientemente se extendió un poco más: «Son protestas necesarias, que indican la vitalidad de una sociedad que se defiende ante una situación injusta. Hay que comprender, respetar y analizar. Son ejercicios del derecho de protesta. Los escraches es ir a protestar delante de los políticos, en sus domicilios, donde estén. Es algo correcto, está bien y es necesario». Ello nos lleva a pensar que D. Javier Barbero, Concejal de Seguridad Ciudadana, se comportó como un cobardica ante el ejercicio de protesta que realizó la policía bajo su mando por entender estos que se la estaba cargando, dejando desprotegidos a los ciudadanos de Madrid, que tanto se quejan de los cacos, asesinos, estafadores, asaltadores de comercios, etc.

Tras haber cantado nuestro lamento por el mal trato recibido por el ilustrísimo señor concejal, y, a mayores, digamos que pertenece a la casta podemista de Ahora Madrid, que se ordenó fraile con los Camilos, de donde salió porque probablemente consideró con algún retraso que no había nacido para la experiencia cristiana de vivir el Evangelio de la manera auténtica y ejemplar a que invita la regla de San Camilo; al colgar los hábitos aprovechó para casarse con cierta inmediatez; al poco se dio una vuelta por Guatemala con la intención de ayudar a aquella gente tan necesitada aunque no debió conectar con el hambre que allí se padece y el abandono a que están sometidos los indígenas, o le pareció muy duro; trabajó en el Hospital la Paz en hematología, aunque al vincularse con los chicos de Marea Blanca, y el Movimiento para la Democracia, y Ganemos, se incorporó a Podemos, probablemente vocación de brujulear entre las batas blancas para hacer la puñeta a la organización del Hospital en justa demanda de las consignas «Sanidad pública gratuita», «No a la privatización», etc.; como hemos dicho antes, ha sido gran activista de la comuna de okupas de Patrio Maravillas, defendiendo la libertad de entretenimiento de los niños en los espacios que no les pertenecen y van destruyendo poco a poco; en alguno de sus trapicheos por los años 80 conoció a doña Carmela, a la sazón juez de



vigilancia penitenciaria, estableciendo una buena y firme relación, hasta el punto de que, pasando los años, le llevaron a proponerla como alcaldesa para el Ayuntamiento de Madrid. Esta es, a grandes rasgos, la biografía de D. Javier Barbero. ¡Perdón! Se me olvidaba: es de profesión psicólogo clínico y ha obtenido el doctorado en año 2015 en la Universidad Autónoma de Barcelona. ¿Por qué se iría a Barcelona con las Universidades que hay en Madrid?

Como un escraches cualquiera, he decidido romper hoy con el trabajo. Y para celebrarlo, he elegido de mi colección un botijo rojo de Galicia, de los conocidos como de engaño porque tienen más de un pitorro, aunque solo por uno sale el líquido. Confieso que llevo mala intención en la elección: La idea es que si me encuentro con algún chico de Podemos, y acepta echar un traguito de clarete de Cigales, al no saber por qué chorrito sale el vino, le caiga sobre la ropa, y no en la boca la boca, y así se entere lo mal que sientan los comportamientos de los escraches

Dos modos de profanar las creencias en una sociedad post creyente

V. Gago

Modo uno. En el Ayuntamiento de Barcelona, durante un acto oficial, una ¿escritora? ¿clown? ¿cctivista? –la sociedad post creyente no cree ni en los nombres– lee un ¿poema? ¿carodia? ¿canfleto? –la sociedad post creyente cree en la fluidez de los géneros– del *Padrenuestro*, que comienza así: «*Mare nostra que esteu en el zel, sigui santificat el vostre cony, l'epidural, la llevadora...*» –«*Madre nuestra que estás en el cielo, sea santificado vuestro coño, la epidural, la comadrona...*»–.

La alcaldesa, risueña al escucharlo, le dará las gracias porque «a esta ciudad le conviene *dispintinarse*. Dejar de lado los prejuicios y que fluyan las ideas y las emociones».

¿Qué significa «dispintinar»? Solo espero que no sea un nuevo impuesto municipal.

La ceremonia ha costado al menos 140.000 euros. Para que Barcelona se *dispintine* con éxito, y las ideas y las emociones fluyan, tú y yo tenemos que pagar «religiosamente» al Estado lo que este tenga a bien extraernos. Tienes que ser un poco menos libre para que la *performer* que hace reír a Ada Colau y la misma Ada Colau puedan serlo del moño para abajo hasta las uñas de la epidural.

Lo sagrado de la democracia, lo que no puedes profanar bajo ningún concepto, consiste en esto:



La «poetisa» Dolores Miguel durante la recitación en la entrega de los Premios Ciudad de Barcelona

quién tiene aquí la fuerza para transferir la libertad de unas personas a otras. Si todo es sátira, entonces, que lo sea también para las nuevas creencias sagradas de la izquierda, la ideología de género, el cambio climático o el feminismo radical. Todos tenemos sentido del humor. Todos tenemos un lado tabernario y escatológico al que dar rienda suelta. Todos queremos *dispintinarnos* con todos. Ocurre que, en la práctica, no es tan divertido parodiar un versículo del Corán como parodiar el *Padrenuestro*, como sugería este martes el portavoz del PP en el Ayuntamiento, Alberto Fernández Díaz, el único que

abandonó el Salón de Ciento del Ayuntamiento en pleno *dispintine*. Al final, todo se reduce a quién tiene aquí la fuerza bruta y quién no la tiene. Lo demás, como decía Góngora, «bien religión, bien amor sea».

Modo dos. La portavoz del Gobierno municipal de Madrid va a ser juzgada este jueves por profanar en 2011 una capilla en la Universidad Complutense. Rita Maestre entró en el oratorio, junto a otras jóvenes, enseñando los pechos y al grito de «arderéis como en el 36». Seguramente, habría misa a esa hora; seguro que había alguien rezando. En todo caso, cualquier creyente estaría dispuesto a declarar como testigo ante el juez que es indudable que allí estaba el Señor en el sagrario. Para un católico, esto último es un hecho, no una opinión. Si no se entiende que toda su vida gira alrededor de esa certeza, entonces, es posible entrar a saco en cualquier lugar sagrado y quemarlo.

La periodista y escritora Elvira Lindo, en *El País*, se pregunta aquí si, en este caso, se estará juzgando, no a Rita Maestre, sino a toda una generación por su malestar y su rebeldía. El cardenal arzobispo de Madrid explica aquí una reciente reunión con la concejal de Podemos, a la que vio «muy cercana». Carlos Osoro dice que «todos hemos tenido dieciocho y diecinueve años». Eso es seguro, aunque no todos hayamos usado la fuerza contra los demás. Las dos aproximaciones, la de la periodista de *El País* y la de monseñor, quizá pasen por alto un detalle

del caso: lo sagrado, en una sala de vistas, es que el Estado proteja la libertad individual frente a la violencia. Y ahí, el alegato generacional o el perdón de un obispo importan muy poco. La única creencia operativa es que el Estado va a usar su fuerza para proteger mi libertad, y solo para eso. Si ese contrato se rompe, entonces, que todo arda.

Tomado de *Actual*

El busto de Mercedes

Salvador Moreno Peralta

de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo

Por algún misterioso designio, el rito de paso de los cambios generacionales se hace en España machacando lo que bien estaba, como si las identidades se impusieran a garrotazos y no mediante una adaptación racional de las cosas a los nuevos tiempos. Pero no creo en argumentos atávicos para justificar esta tendencia a la insensatez. Que desde las instancias que dicen representar la indignación ciudadana se pretenda empezar de cero con la Historia se debe al hecho deplorable de no haberla leído, ni siquiera la reciente, más que a razones autodestructivas basadas en nuestro ADN colectivo. Me temo que vamos a pagar muy caro haber tirado por la borda estos años propicios para haber considerado a la Cultura y la Educación, de una vez por todas, el flujo sanguíneo de una sociedad responsable, y no la pringue sobrante de una comunidad de idiotas.

Viene esto a cuento de la retirada, por el nuevo Ayuntamiento de Cádiz, del busto de Mercedes Formica situado en la plaza del Palillero, con el peregrino argumento de salvaguardarlo del vandalismo urbano, entre cuyas manifestaciones, por lo que se ve, no se contemplaba la del vandalismo institucional. La verdadera razón es que esta fascinante mujer, incansable luchadora por el feminismo a lo largo de su vida, portaba el estigma de haber sido falangista de la primera época, sin pararse a pensar que al mismo tiempo fue una aguerrida antifascista. Pero no están los tiempos como para perturbar el guiñol de la política española con las sutilezas, complejidades y contradicciones propias de la condición humana.

La gaditana Mercedes Formica, abogada y escritora de enorme sensibilidad e inteligencia, fue joseantoniana en esos momentos ideológicamente borrosos en los que el fascismo y el socialismo entrelazaban inquietudes comunes en el terreno político y en el estético. Algo de esto saben los italianos, pero, a diferencia de ellos, la confusión se resolvió aquí mediante la brutal victoria de una de las partes, dejando vibrar en el viento la pregunta de cuál hubiera sido el comportamiento de José Antonio de no haber sido ajusticiado, cuando su ideario se encontraba en ebullición. Mercedes Formica –señalando sin ambages a Franco– se atrevió a decir que quien pudo haber evitado el fusilamiento no lo hizo, y desde ese momento pasó a formar parte del contingente de españoles –intelectuales, artistas, demócratas de a pie– que sacaron adelante el país desde dentro. Pero el veredicto de las nuevas generaciones tiene la contundencia maniquea de los viejos inquisidores: eran fascistas y punto, no importa que estuvieran al margen de la represión, ni siquiera que la denunciaran. Ni importa que Mercedes integrara el exiguo grupo de mujeres que se abrieron paso por primera vez en carreras universitarias vedadas al género femenino. Ni importa que su sonoro artículo «El domicilio conyugal» (*ABC* 7-IX-1953) diera lugar, cinco años después, nada menos que a la modificación de 66 artículos del Código Civil para no dejar a la mujer maltratada indefensa en



los casos de separación matrimonial, como establecía la ley, aunque estuviera probada la culpabilidad del marido agresor. Si ahora tenemos leyes contra la violencia de género, es una indecencia no reconocer a quien dio los primeros y contundentes pasos legales para combatirla, con el mérito de hacerlo en los años de hierro de la dictadura. Pasos que fueron valorados por sus admirados compañeros de profesión, por la CNT, por Lidia Falcón, Josefina Carabias, Antonio Garrigues... Pasos que trascendieron nuestras fronteras y de los que se hicieron eco *The New York Times*, *The Daily Telegraph* y la revista *Time*, hasta el punto de que, como cuenta José María García de Tuñón Aza en su completa semblanza de la autora, el magacín *Holiday*, dirigido entonces por Robert Capa, envió a Inge Morath para fotografiarla, en un reportaje sobre las mujeres más descollantes del mundo en ese momento.

Como es también inaudito que en la voluminosa *Antología del pensamiento feminista español* (Cátedra, 2012) no hayamos podido encontrar ni una sola referencia a su contribución, ni siquiera en el capítulo dedicado al período franquista, «Luces en la sombra» (1939-1975). Ninguna mención a la mujer que, en solitario, sacudió el Código Civil a favor de su género. El ostracismo al que se la quería relegar ya empezó a sufrirlo en vida, a pesar del reconocimiento de insignes escritores (Francisco Umbral, Rosa Regás, Luis Antonio de Villena, etc.), pero se culmina de una manera insidiosa con antologías como la mencionada, o zafia, como la del Ayuntamiento de Cádiz. Si en su tierra natal no quieren su busto, estaría bien que lo trasladaran a Málaga, ciudad en la que fue feliz a pesar de las durezas de la época, en la confianza de que allí no haya llegado todavía la guadaña del revisionismo carpetovetónico.

Tuve el placer de conocerla en los últimos años de su vida y admirar en ella el equilibrio intelectual, la triste resignación y el elegante recogimiento de esos españoles magníficos, perdedores de ambos bandos. Fue junto al malagueño Cementerio Inglés, en mayo de 2001, cuando la vi por última vez, despuntando en ella los estragos del alzhéimer. Murió al año siguiente con el atroz consuelo de que su terrible enfermedad la salvara de sufrir la ignominia del olvido; pero peor hubiera sido tener que asistir hoy al desprecio a su memoria

Tomado de [ABC](#)

El proyecto imperial de Montero Díaz

Fernando García de Cortázar

Catedrático de Historia Contemporánea (Universidad de Deusto)

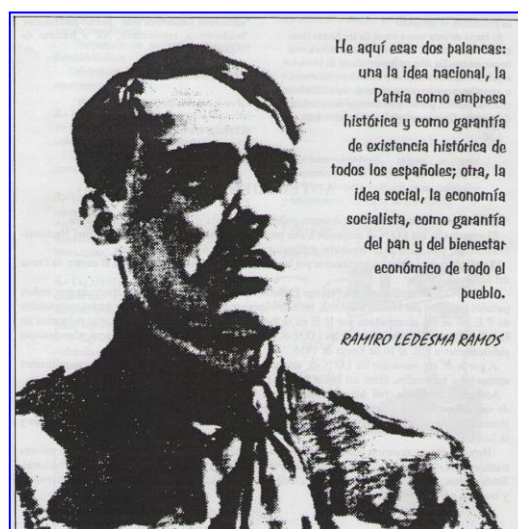
Si hubo una consigna que prendió con fuerza en la atmósfera de la España de la inmediata posguerra, fue la que aludía al Imperio. El Imperio frente a la decadencia, el Imperio frente a la disolución, el Imperio frente al separatismo, el Imperio frente al patriotismo burgués, el Imperio frente a la revolución marxista, el Imperio frente a la pérdida de los valores de España en el mundo, el Imperio como síntesis del poder temporal del caudillaje y la autoridad espiritual del catolicismo. Con lamentable frecuencia, una superficial aproximación a los elementos más teatrales y retóricos de aquellas palabras alusivas a la idea imperial ha convertido la severidad de un concepto integrador y ambicioso en una hueca gestualidad oportunamente ridiculizada. Nuestro tiempo ha hecho mucho más que huir de los peligros del radicalismo y los excesos de las religiones políticas. Ha llevado adelante una depuración insensata de todo lo que implique compromiso, ideas, convicciones y, desde luego, conciencia de la nación como espacio originario de nuestro ser social y nuestra existencia histórica.

Hubo, desde luego, exceso verbal y procacidad litúrgica en aquellos escenarios en los que se invocaba el sacrificio, el pasado de España y el orgullo, tantas veces imprudente y despiadado, de la victoria sobre otros españoles. Pero habremos de aceptar la grandeza que tuvieron aquellas llamadas de los fundadores del nacionalsindicalismo a recuperar una España imperial, a pesar de que perdieran buena parte de su dignidad en manos de quienes dismantelaron su notable impulso moral. La evocación del Imperio había sido, en los jóvenes redactores de *La*

conquista del Estado, una forma de asumir el conjunto de la historia de España y una promesa de actualizarla, sacando a la patria de una postración que la había conducido a los arrabales del siglo XX. Nada había de nostalgia o anacronismo en aquella exigencia imperial. Todo lo contrario. El Imperio se proclamaba como una forma de modernización y adaptación a los tiempos nuevos. Para el grupo de Ledesma, lo viejo eran el liberalismo, las generaciones de la Restauración, las ideas del siglo XIX, incluyendo la rectificación frustrada del socialismo marxista. La afirmación de «España, sangre de Imperio», que invadía la portada de aquel semanario efímero publicado en 1931, era referencia a una continuidad de los valores espirituales que habían construido la nación española. Pero era, sobre todo, la convocatoria de la juventud a una empresa que entendiera la disciplina imperial como creación de un nuevo Estado, de una nueva economía basada en la justicia social y de una nueva moral fundamentada en la conciencia fraterna de una comunidad.

Esa idea fue elevada en su capacidad expresiva en la palabra de José Antonio Primo de Rivera, entre cuyos hallazgos fundamentales se encuentra la sustitución de las tentaciones nacionalistas por la defensa de España como unidad de destino en lo universal. Destino equivalía a empresa católica, que en tiempos de desconcierto y de riesgo de hundimiento de una cultura milenaria pretendía recuperar la hegemonía de los valores de la España eterna, de la que alcanzó su plenitud histórica en el siglo XVI.

Entre los intelectuales que definieron mejor esta idea imperial, perfectamente ajustada al carácter universal de la guerra civil destaca Santiago Montero Díaz, cofundador de las JONS y, tras la contienda, uno de los historiadores de más fuste de universidad española. Su trayectoria manifiesta todas las contradicciones en las que se movieron tantos pensadores españoles en los años centrales del siglo XX. De su primera militancia marxista y galleguista, pasó Montero Díaz al nacionalsindicalismo, manteniendo toda su vida un emocionado recuerdo y reivindicación de Ramiro Ledesma, incluso cuando tomó partido por la oposición al franquismo en las turbulencias universitarias de los años 50, y buscó referencias políticas en movimientos de emancipación de distintas ideologías. Su intransigencia revolucionaria le había llevado a romper con las JONS cuando Ledesma aceptó la unificación con Falange. Pero regresó, estallada la guerra civil, a desempeñar un papel de intelectual sobresaliente en la formulación de un discurso que desarrollaba aquella idea imperial esbozada en los años fundacionales del nacionalsindicalismo.



«La primera nota constitutiva de la idea de Imperio es la de universalidad». Universalidad conseguida con el poder territorial, con el regreso de España a su condición de potencia internacional que recupera su supremacía en un área de la que había sido expulsada siglos atrás. Pero universalidad, sobre todo, de aquellos valores que permitieron a la nación superar los localismos sin despreciar su diversidad interna. Los principios que inspiraron la formación de España, rescatados por el nacionalsindicalismo, habían de ser la base de su proyección espiritual sobre Occidente». La idea imperial se presenta como un programa de salvación. «El Imperio proponía el “orden ético y religioso que lo español postulaba y encarnaba en el mundo. La unidad del género humano”». Frente a los imperios comerciales inglés y americano, España proponía un nuevo Imperio de la unidad de civilización y los valores morales que el cristianismo había impreso en la historia europea.

En las condiciones de 1943, cuando pronunciaba estas palabras, Montero Díaz identificaba su propuesta con la necesidad de involucrarse en la guerra que asolaba Europa. Una deriva desastrosa hacia la Alemania nazi que hoy nos resulta el aspecto más deleznable de sus sueños. Montero Díaz pagaría aquellas afirmaciones osadas y peligrosas con su confinamiento. Como

otros intelectuales críticos del nacionalsindicalismo, ni siquiera esa ortodoxia imperial halló resguardo en el régimen de la victoria. Pero, tantos años después, quizás se podrá reivindicar lo que, más allá de las circunstancias, y muy lejos de toda inocencia ante la barbarie, contiene su mensaje: la defensa de una nación como empresa y voluntad aplicada a la historia, como tradición actualizada y alforja de valores universales identificados con nuestra civilización. Esa era, en el fondo, la idea del Imperio que algunos jóvenes orteguianos lanzaron a un mundo que rompía sus costuras éticas en la gran crisis de los años treinta.

Tomado de *ABC*

Puñetero callejero

En estos tiempos mostrencos (que diría Enrique de Aguinaga) de guerras en torno al callejero de pueblos y ciudades, no viene mal traer a colación un artículo del profesor Aguinaga sobre la conveniencia, o no, de poner a las calles nombres de personas. Desde luego perdurarían más sin cambiar de denominación, ahorrando mucho dinero tanto a la Administración como a los moradores de esos municipios.

Enrique de Aguinaga

Decano de los Cronistas de la Villa

En primer curso, los profesores de teoría del periodismo explicamos que uno de los factores objetivos de interés general es lo fácil, frente a lo difícil; la mediocridad, frente a la calidad; lo simple, frente a lo complejo. Así se explica la simpleza de dar a las calles nombres de personas y que asombre la proposición *de que las calles tengan nombres de calles, como los perros tienen nombres de perros*.

Tan incrustada está la costumbre de señalar las calles con nombres de personas, que hoy resulta difícil ponerles nombres de calles. Al más corto concejal siempre le queda la ocurrencia de pedir la palabra para proponer que esta o aquella calle reciba el nombre de esta o aquella persona, sobre todo si acaba de fallecer. Y que conste en acta. No hay homenaje municipal más barato y menos imaginativo.



En esta postura cayó el duque de Veragua, al que Santiago Carrillo, con una pistola del nueve largo, disparó los tiros de gracia.

Lo malo es que el concejal pide la palabra y la simpleza entra en el conflicto de las categorías y de los aspavientos sandios: ¿Cómo es posible que fulano no tenga una calle entre nosotros? ¿Cómo vamos a tolerar que la tenga perengano? ¿Cómo es que a mengano se le ha dado una calle de segunda, cuando a perengano, que no le llega al zapato, se la dieron de primera? La calle como unidad de medida de la importancia personal y todos tan contentos, como el tonto con la tiza.

Lo cierto es que las calles siempre han tenido nombres de calles (históricos, funcionales, descriptivos, anecdóticos, orientativos) hasta el siglo XIX y su culto a la personalidad. El siglo XIX, que tiene la buena idea de plantar árboles en las vías públicas, tiene la peregrina ocurrencia de bautizar las calles con nombres de personas.

«Esta mala costumbre de ponerles nombres de personas que nos viene de los franceses es un error. Yo no recuerdo que haya en Inglaterra una calle Shakespeare» le decía Borges a Sábato. A

Ramón Mesonero Romanos, egregio predecesor en la crónica, a quien tanto admiro, no le perdono dos iniciativas: la de trasladar la estatua de Felipe III al centro de la plaza Mayor y la de dar nombres de personas a la calles de Madrid.

En el mismo siglo XIX, enseguida, aparece la enfermedad endémica de las calles revestidas de personajes: la mudanza de los nombres, según las mudanzas políticas. Con la revolución de 1868, al grito de «¡Cayó para siempre la espuria raza de los borbones!» cayeron los rótulos del reinado anterior y, en 1875, con la primera Restauración, otros cayeron y otros se restituyeron. La danza se repite con virulencia en 1931, en 1936, en 1939 y en 1979, de modo que la plaza Mayor de Madrid ha tenido sucesivamente una decena de nombres.

Tanta mudanza ha incurrido en los más diversos agravios, rifirrafes, exageraciones y ridiculeces. Manuel Azaña lo registra irónicamente en plena guerra, en *Cuaderno de la Pobleta*, con el ejemplo de la calle de Antonio Maura que pasó a denominarse «Calle de las Milicias de Retaguardia de las Juventudes Socialistas Unificadas».

Y el concejal Jaime Cortezo cuantifica el perjuicio, cuando, en 1980, presenta al Pleno del Ayuntamiento un estudio económico, según el cual el cambio de los nombres de veintisiete calles suponía un coste de 1.400 millones de pesetas. De este cambio se salvaron las calles de la Cruzada, de los Voluntarios Catalanes y del Príncipe, porque el Instituto de Estudios Madrileños advirtió que no se trataba de referencias inmediatas, sino de un Tribunal del siglo XVII, de una unidad militar del siglo XIX y de un príncipe que no se llamaba Juan Carlos.

Para más detalles, véase el estudio «Instrumentación política partidista de la Toponimia. Periodos que se inician en los años 1931, 1939 y 1980», de Luís Miguel Aparisi, autor de la monumental *Toponimia madrileña* (2001).

No improviso. Soy veterano en la propuesta de la toponimia clásica, de los nombres naturales. Cuando andaba de aprendiz, en los años cuarenta, de mi maestro Mariano Rodríguez de Rivas aprendí la dificultad de que las calles tengan nombres de calles. Así lo he mantenido, desde que tengo uso de razón matritense, como cronista. Y he predicado con el ejemplo, no siempre sin fruto.

A mi iniciativa se debe que, en 1951, el eje Julián Marín-Avenida Circular de la Plaza de Toros no se llamase de Manolete o de Vicente Pastor, sino Avenida de los Toreros, nombre funcional, en cuanto que esa es la vía por la que los toreros (¡aquellos coches de caballos de los picadores!) van a la plaza. Por mi intervención, en 1956, con todas las consideraciones para el escritor, la calle de la Manzana, que está en el plano de Teixeira, siguió siéndolo y no de Luis Araujo Costa, como se propuso formalmente en homenaje mostrenco.

Siendo considerables los argumentos contra la arbitrariedad y el conflicto, el argumento del homenaje mostrenco es el principal porque el nombre de la calle no supone homenaje, porque el nombre de la calle no añade fama alguna al que ya la tiene ni se la da al que carece de ella. En este caso, el nombre se convierte en un puro fonema y se dice calle de Castelló como se podía decir calle de Llotecas.

Fernando Fernán-Gómez observa y escribe en *ABC* que «cuando el nombre de una persona notable se utiliza como nombre de una calle, deja de ser persona notable para convertirse en eso: en una calle. Menéndez Pelayo ya no es un sabio filólogo sino una hermosa calle con vistas al Retiro».

Hace algún tiempose quedaron mudos un ex alcalde de la Villa (Juan Barranco), un candidato a la presidencia de la Comunidad (Alberto Ruiz-Gallardón) y una portavoz del Parlamento de Madrid (Isabel Vilallonga), cuando, en televisión, en directo, les pregunté a qué o a quién estaba dedicada la calle de Castelló. Y la Administración municipal, requerida por escrito, ha sido incapaz de decirme quien es ese Silvano que, con grandes rótulos, tiene su calle sobre la M-40. Pruebe usted a preguntar a que príncipe se refiere la calle del Príncipe.

Poéticamente («El arte de repensar los lugares comunes»), lo dijo Pedro Mourlane Michelena, del que ni uno más se acordaría, si tuviese una calle: «Dejar nuestro nombre a una calle es poco; dejarlo en una estrella, demasiado; quede, que es lo justo, en el casco de un barco vagabundo».

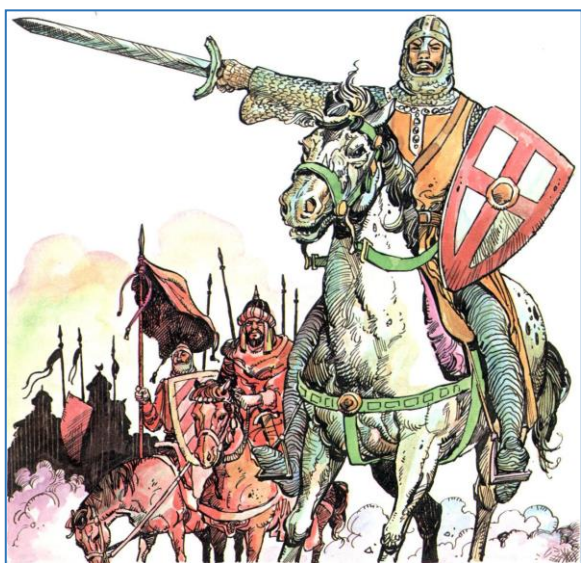
De ética y de estética: aforismos sobre la elegancia

Manuel Parra Celaya

Hoy me he propuesto no escribir de política. Está tan confuso el panorama que, al no ser augur profesional, cualquier disquisición caería inevitablemente en el tópico, en la indignación o en la estéril verborrea. Acudo, pues, a mi vena orsiana, mediante sencillos aforismos sobre la elegancia, en los que el lector avezado reconocerá gran parte de mis inquietudes en esta hora de España.

La elegancia no consiste esencialmente en un corte de traje impecable o en llevar una corbata a juego; tampoco, en un conjuntado atuendo deportivo como simulación de la edad juvenil; ni en un seguir la moda, en la opción de lo *cuidadosamente descuidado*, o en el corte de pelo, más o menos acertado. Es una actitud permanente, que tiene mucho de innato y bastante de educación, eso sí, asimilada a fondo.

La elegancia equivale a señorío, eso que se puede mostrar tanto en las manos callosas de un campesino, en el mono de trabajo del taller mecánico o en el traje de fiesta; a condición de que ninguno de los tres sea un disfraz, falso o artificioso por naturaleza. Jamás estará reñida la elegancia con lo popular, pero sí con su fingimiento; rechina con el barniz de casticismo y choca frontalmente con lo populachero y lo adocenado.



El Cid Campeador, ejemplo de señorío

La elegancia implica un saber estar, ya sea subiendo por una escalera de mármol, ya bajando por una de servicio; en ambos casos le caracteriza la humildad. Se demuestra ascendiendo a un palacio y descendiendo de él, que ambas cosas son importantes.

La elegancia no es contraria al rigor y a la firmeza y sí a la altanería y a la vacuidad; al afán de humillar al otro, al rencor y al odio.

La elegancia brota de lo íntimo a lo exterior; de lo privado a lo público; de lo personal a lo social; de lo

humano a lo político: Se muestra en la palabra, en el gesto y en el discurso. En el pensamiento y en la obra. En la intención. En el alma que aflora a los ojos, aunque, como dice el Maestro, el alma es espejo de los ojos, y no al revés.

Es antagonista decidida de la ordinariez, del imperio de *lo cutre*; asimismo, está en las antípodas de la mentira y de la manipulación, del embeleco y de la demagogia. No casa con la violencia verbal o moral, a veces, mucho más dañinas ambas que la física, porque encierran en su fondo una tremenda cobardía espiritual.

La elegancia se advierte, a primera vista, en el trato; en el respeto a la dignidad y a la libertad profunda del prójimo; por ello, admite la complicación o la dificultad en ese trato, pero impugna rotundamente el chalaneo.

La simulación de la elegancia se denomina afectación, pecado porque se sustenta en la hipocresía. La afectación deviene, en la mayoría de los casos, en la chabacanería o, lo que es peor, en la cursilería redomada.

La elegancia no se suele perder; pero, cuando esto ocurre accidentalmente, no queda más remedio que pedir humildemente perdón y cumplir la penitencia.

Estos ocho aforismos encierran, claro está, designio de *cosa pública*. No nos podemos conformar con la imagen de la España tosca y burda con que nos están cortejeando nuestros bajos instintos a diario, con la excusa y el chantaje de remediar nuestros males. Precisamos de una *alta temperatura espiritual* que nos devuelva a la virtud de la elegancia y arrumbe con la zafiedad que nos invade, tenga esta sus raíces y sus efectos en lo económico, en lo sociológico, en lo político, en lo educativo. En el ademán o en el atuendo.

Será entonces como despertar de un mal sueño, iluminados por un rayo de sol primaveral. Pero, para salir a la calle con el rostro lavado tenemos que tocar a rebato en nuestro interior, previamente, para esta cruzada a favor de la elegancia.

(¡Ya sabía yo que, a pesar de mis buenas intenciones, terminaría, escribiendo de política!)

¿Qué es el leninismo 3.0 y cuál es la ideología de Podemos y de Pablo Iglesias?

zoomboomcrash / Carlos Salas

¿ Leninismo 3.0? Las redes sociales se cachondearon del término cuando apareció.

Lo bautizó Felipe González para definir la ideología de Pablo Iglesias y Podemos. Pero, ¿por qué leninismo? ¿Por qué 3.0?

El leninismo en realidad es una mezcla de ideología y de estrategia. Vladimir Lenin se dio cuenta de que el comunismo propuesto por Marx y Engels no se impondría por la fuerza de la gravedad, es decir, por el conflicto histórico entre propietarios y desposeídos, o de la lucha de patronos y



obreros. Lenin pensó que en lugar de esperar, era mejor darle un empujón y por eso ideó un Partido Comunista que sería la vanguardia de la lucha obrera.

Ese Partido estaría formado por trabajadores con «conciencia de clase» que organizarían la lucha mediante una estrategia de conquista del poder. El Partido Comunista aplastaría al capitalismo, y sobre todo, al imperialismo, que era la expresión más alta del capitalismo. Implantarían la dictadura del proletariado y con

él llegaría la organización obrera en forma de soviets, o consejos. Al final, logró sus fines: conquistó el poder e imperó en la URSS durante 70 años, tratando de exportar su revolución a todo el mundo usando los Partidos Comunistas.

Pero, ¿qué ha pasado con los Partidos Comunistas del planeta? Digamos que han perdido su fuerza en la mayoría de los países desarrollados precisamente porque se han desarrollado y son prósperos. Los partidos comunistas se han quedado como algo testimonial. En España, desde que llegó la democracia, el Partido Comunista (englobado ahora en Izquierda Unida), no ha pasado del 10% de los votos.

Hasta los sindicatos de clase han perdido su fuerza.

Durante mucho tiempo, Pablo Iglesias como profesor de políticas estuvo dando vueltas a la idea de conquistar el poder en un siglo con poca conciencia revolucionaria y menos aún de clase.

Iglesias, Errejón y Monedero buscaban fórmulas para conquistar el poder (o asaltar el cielo, como les gusta decir) con nuevos medios. ¿Cómo hacerlo? Empezaron a leer a un ideólogo marxista argentino llamado Ernesto Laclau.

Laclau había confirmado con desilusión que el pensamiento de la izquierda solo cosechaba «desilusiones y fracasos»: desde la Europa del Este hasta Camboya (aún no había caído la URSS). Además, en Occidente había una inmensa clase media sin mucho espíritu revolucionario.

«Lo que está actualmente en crisis es toda una concepción del socialismo fundada en la centralidad ontológica de la clase obrera», escribiría Laclau. Pero se dio cuenta de que no todo estaba perdido porque en las sociedades modernas habían surgido nuevos movimientos anti sistema como el ecologismo, el feminismo, el antimilitarismo, los antinucleares, las iniciativas progays y lesbianas... Todo ese maremagnum fue metido en una cotelera a la que llamó el postmarxismo.

Escribió *Hegemonía y Estrategia Socialista* (se puede conseguir en internet fácilmente), y propuso crear un populismo de izquierda que aprovechara todos esos movimientos y muchos más, aun sabiendo que no tenían mucho en común los gays con los antinucleares. Había que encontrar esos lazos en común y una de las vías era fijar un discurso común, y establecer un enemigo común: la casta.

Era difícil pensar que en España, país de clase media y cuarta potencia europea, pudiera ponerse algo así en marcha. Hasta las clases obreras ya eran clase media.

Pero llegó la crisis de 2008. Las clases medias se empobrecieron y encima estaban muy cabreadas por la corrupción. Esas clases medias empobrecidas podían ser el nuevo poder revolucionario. Había que conquistarlas. Pero en lugar de hacerlo mediante reuniones, comunas o conspiraciones, o un nuevo Partido Comunista (Izquierda Unida revisited), había que hacerlo con los nuevos medios: las redes sociales y sobre todo la televisión. El concepto 3.0 es el que se usa para expresar cómo hoy los usuarios ejercen su poder a través de internet, el nuevo medio de masas del pueblo. Opinan, discuten, hablan, se relacionan, presionan...

El 15M fue el gran laboratorio de pruebas. Un laboratorio espontáneo. Aquellas jornadas de mayo de 2011, un movimiento tomó la Puerta del Sol y se manifestó pacíficamente contra el



sistema, agrupando a sectores sociales dispares. Solo tenían en común una cosa: crítica a la vieja política, a los viejos partidos, a las viejas costumbres. Desde jóvenes en paro y sin futuro, hasta los afectados por las hipotecas, todos confluyeron en el 15M sin un plan. Era hora de poner en marcha las tesis de Laclau, mezclando medios de masas, redes sociales y agitación.

La hegemonía se conquistaba llegando al pueblo usando los medios de masas modernos, agitados por intelectuales avanzados y revolucionarios, algo que habría aplaudido hasta el padre ideológico de Laclau, el fundador del Partido Comunista Italiano Antonio Gramsci.

La primera fase salió bastante bien a Podemos. En las elecciones europeas de 2014, Podemos se convirtió en la cuarta fuerza política en España. Para captar 1,2 millones de votantes se basó en un discurso muy de izquierdas: bajar la edad de jubilación, crear un salario universal, negarse a pagar la deuda...

El próximo paso tenía que ser la conquista de ayuntamientos y comunidades autónomas en las elecciones de mayo de 2015. Pero con ese discurso de izquierda radical no se avanzaba mucho

de modo que, reinterpretando a Laclau (no hay marxista que no reinterprete), trataron de crear un discurso para esas clases medias empobrecidas donde se les daba una causa común, y un enemigo común: la casta.

Podemos suavizó sus planteamientos (el post-postmarxismo podríamos decir), abandonó las ideas de jubilación a los 60 años, dejó de negar la deuda y se lanzó a la conquista del «centro del tablero» según sus propias palabras. Es decir, usó un lenguaje más moderado pero siempre social. Además, los dirigentes se dieron cuenta de que se podía lanzar un discurso transversal para los nacionalistas, de modo que crearon el concepto de la «España plurinacional». Eso era lo que Laclau llamaba «la hegemonía»: lograr consenso de muchas fuerzas en un proyecto común.

Eso es el leninismo 3.0: ideología marxista semi-escondida, discurso de la rabia contra los viejos partidos, alianzas con los cabreados, los nacionalistas y los antisistema, y hábil uso de los medios de masas mediante la oratoria. Podemos tuvo éxito: entró a formar parte en coaliciones transversales en ayuntamientos y comunidades. Quizá menos de lo que esperaban pero ya era más poder.

Quedaban las elecciones generales. El uso de la televisión por parte de sus excelentes oradores, la suavización del discurso para crear alianzas transversales y el cabreo de las clases medias empobrecidas hicieron el resto. Ha sido el tercer partido más votado, si bien, es un partido lleno de alianzas algo inestables.

Pero, ¿son leninistas? Lo son hasta la médula. Marxistas-leninistas. El video donde Errejón e Iglesias cantan la Internacional puño en alto junto a un estandarte de Lenin que se ve arriba es la prueba más incuestionable.

El problema es que no se puede decir muy alto. Prefieren ocultar eso, o reírse si alguien les acusa de leninistas.

Pero cualquiera que analice sus discursos, sus tesis doctorales, sus artículos, charlas, ensayos, videos, clases y escritos concluye que Pablo Iglesias y Errejón son marxistas-leninistas. Errejón escribió un admirado obituario en *Público* en 2014, cuando falleció Laclau, su padre ideológico, marxista o post marxista. Pero Errejón lo calificó de «teórico de la hegemonía».

Iglesias, como Lenin, tiene la idea de que el sistema –el parlamento, los medios de comunicación, las instituciones– está corrompido por el capitalismo y el imperialismo, y su misión es conquistar el poder para limpiarlo. Su idea de la democracia no es la misma que la de otros partidos burgueses. No se trata de presentarse a unas elecciones y ganarlas o perderlas de vez en cuando. Se trata de, como diría Laclau, «radicalizar la democracia».

Si toma el poder, Podemos será el poder. No se irá de allí ni con aguarrás porque sus ideólogos tienen que cumplir una misión. La hegemonía. ¿No era lo que decía Chávez?

Para Iglesias, la verdadera democracia es la expresión del pueblo revolucionario socialista a través de un movimiento transversal con ambiciones hegemónicas, y no la expresión burguesa de diferentes partidos políticos que, cuando pierden, llaman educadamente por teléfono «para felicitar al ganador».

Eso nunca.

Tomado de lainformación.com

Populistas o mundialistas: París bien vale una casta

Pascual Tamburri

 La globalización no trajo el fin de la Historia de Fukuyama, sino conflictos, miedo y pobreza que confluyen en la eterna historia del populismo. A un lado vence Le Pen, al otro Podemos.

Arnaud Imatz, prologuista también de esta provocativa novedad de José Díaz Nieva y José Luis Orella Martínez empezó su prólogo para el anterior libro de Fernando Vaquero con una pregunta que era a la vez un desafío: «¿Por qué la derecha popular y social está ausente de la escena política española, al contrario que en Francia, con un Front National muy fuerte y con tanto arraigo electoral?». Y a esa respuesta, en sentido amplio, se han dedicado muchas respuestas. Ninguna de las cuales tiene sentido sin tener ideas claras sobre cuatro aspectos a menudo confusos en nuestra bibliografía: qué es el populismo, y qué es o podría vagamente ser una «derecha»; y más aún, qué es el Frente Nacional francés, y por último en qué contexto político real nos estamos desenvolviendo en este primer tercio del siglo XXI.

Quizá los libros que van apareciendo nos ayuden especialmente a contestar las dos últimas cuestiones. Al ver la historia, el trasfondo y la realidad de Marine Le Pen explicada para un lector español, José Díaz Nieva y José Luis Orella en *De Le Pen a Le Pen. El Front National camino al Elíseo* muestra cómo el populismo no es ni



de izquierda ni de derecha, es un predador oportunista que busca apoyos, fuerza y poder... lo que no quiere decir que no tenga su «programa oculto» o sencillamente su visión del mundo, sus convicciones. Sorprende, sin duda, ver a la hija de Jean-Marie Le Pen decir muchas cosas que también dice Pablo Iglesias, y hacerlo con formas y a públicos que podrían ser los de cualquier dirigente de Podemos. ¿Convierte eso en leninista a Le Pen?

(José Díaz Nieva y José Luis Orella Martínez, *De Le Pen a Le Pen. El Front National camino al Elíseo*. Prólogo de Arnaud Imatz. Schedas - Colección Universidad 3, Madrid, 2015. 220 p. 17,99 € Ebook 3,50 €).

Muchas son las peculiaridades históricas de la derecha francesa, y falta aún la traducción de los dos ya añejos volúmenes publicados por Gallimard al respecto, dirigidos por Jean-François Sirinelli, y el clásico

de René Rémond, aunque solo hasta 1968. La derecha en Francia es múltiple, dispersa, peculiar, y a la vez ha sido a menudo innovadora y mayoritaria, además de referente para Europa entera. Lo que sucede con esta fase el Frente Nacional que ahora vemos explicada es que, consciente de la nueva sociedad, cultura y generación de la Europa del siglo XXI, ha decidido jugar en ellos y ganar en ellos.

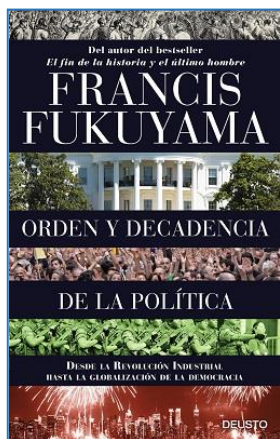
Pero en lo que se refiere a populismo la innovación no la aporta sólo Francia en la teoría (sí en su práctica), porque la partida del segundo Pablo Iglesias ha puesto de moda el análisis gramsciano postmoderno de Ernesto Laclau (lo que Felipe González llama, incluyendo contenido y continente, leninismo 3.0): se trata de presentar su proyecto propio, ideológico y sin concesiones, como si fuese de interés general, de manera que ni sus adversarios más conscientes puedan rehuir los temas, la certezas y las formas que ellos imponen... y con ellos vencen. El populismo, que en casi toda Hispanoamérica y Europa meridional es de contenido comunista, en Francia es... nacional.

El mejor resumen de este contradictorio «¿Lepenismo en Podemos o Podemos en el Front National?» nos lo ha ofrecido el mismo Fernando Vaquero. El continuo reclamo de Podemos, entre otras, a nuevas fórmulas de democracia directa y representativa, les ha generado la acusación de «populista»; término empleado a modo de insulto... Muchas cosas que en España identificamos con Podemos y con su populismo (sus discursos altaneros, sus propuestas de «empoderamiento» de determinados colectivos, sus ataques sentimentales a «la vieja casta» y a «los poderes mediático-financieros», su persistencia en la denuncia de hipotecas abusivas, sus continuas invocaciones al hambre y la supuesta degradación de amplios sectores populares, su denuncia de la expatriación de muchos de los integrantes de la «generación mejor formada de la historia», etc., etc) son cosas que en Francia hacen y usan los Le Pen, ya desde el padre. Acaso la naturaleza última de Podemos no sea populista, pero muchas de sus tácticas sí lo son. Como las de Marine Le Pen.

El populismo no es por tanto una ideología, sino una mentalidad que asigna al «pueblo» cualidades naturales de tipo ético opuestas a los vicios de los gobernantes. Se alza en momentos de crisis contra la política tradicional. Y ahora, en nuestros días y en concreto, «el populismo europeo es la corriente de opinión fundada en el arraigo que denuncia los excesos de la mundialización y del multiculturalismo». En opinión de Marco Tarchi, el populismo “denuncia incansablemente la mistificación del principio representativo, la expropiación de la voluntad ciudadana por parte de la casta de políticos profesionales, reivindica el derecho de los pueblos a conservar identidades y tradiciones forjadas a través de los siglos, exige un reforzamiento de los instrumentos de democracia directa [...], se opone al poder excesivo de las finanzas, reclama mayor equidad social y lamenta tanto los excesos de intrusismo del Estado en la vida de los ciudadanos, empezando por la Hacienda, como la erosión progresiva de la soberanía de las naciones en beneficio de ese Moloch burocrático que tiene su sede en Bruselas». Singulares coincidencias.

Lo que nos lleva a una interesante paradoja, bien entendida en el caso francés gracias a Orella y Díaz: tan populista es en aspecto y gestión Le Pen como Pablo Iglesias, y de hecho su alma será diferente pero sus medios, público y modos son parecidos... y el mismo es su enemigo, la ideología mundializada de la globalización capitalista.

Francis Fukuyama ha sido seguramente el politólogo más citado y denostado de finales del siglo XX. Anunció, al caer el Muro de Berlín, la victoria eterna de la democracia liberal y «el fin de la Historia». El Paraíso en la Tierra no llegó, pues ha habido guerras, migraciones, crisis, vaivenes... aunque sí tuvo razón en lo nuclear de su razonamiento, que era, y es, que ya no había alternativas presentables a los valores esenciales de la democracia liberal capitalista. A la que admitía que surgirían críticas, matices y variantes, pero negaba que nunca pudiese derrotar una alternativa en lo medular.



(Francis Fukuyama, *Orden y decadencia de la política. Desde la revolución industrial a la globalización de la democracia*. Traducción de Jorge Paredes. Deusto – Grupo Planeta, Barcelona, 2016. 1150 p. 32,95 € Ebook 14,99 €)

Francis Fukuyama se explica ahora a sí mismo, y Deusto nos lo trae en España, ya que es vendedor seguro de libros y además sus conclusiones tienen una importancia económica fundamental en este tiempo de zozobras. Hay totalitarismos religiosos, hay restos de los viejos enemigos, hay un populismo polifacético, pero Fukuyama cree que nada esencial está en riesgo. Reitera, modernizado, el viejo discurso calvinista dando una explicación histórica y religiosa de la riqueza y de su identificación con el éxito de las sociedades, y ve que pese a nostalgias pasajeras las comunidades se eclipsan y asistimos al triunfo global del individualismo materialista. Para él, la globalización capitalista, ya no sólo occidental, sólo podría ser derrotada por sus propios errores o rendiciones, y la mejor prueba de su victoria sería cómo sus enemigos transigen en sus valores antes o después.

Lo curioso es que la democracia global capitalista se enfrenta, en este 2016, a enemigos muy variados, pero muchos de ellos, leninistas como Podemos, religiosos como muchos grupos islamistas o nacionales como esta Marine Le Pen que tanto miedo da, coinciden en sus formas.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.